

- MAPA DE TEPECHPAN.—*Historia sincrónica y señorial de Tepechpan y México*. En «Anales del Museo Nacional». México, 1886. Tomo III.
- MAPA TLONTZIN.—*Historia de los reyes y de los Estados soberanos de Acolhuacan*. En «Anales del Museo Nacional». Tomo III. México, 1886.
- MAPA QUINATZIN.—*Cuadro histórico de la civilización de Tetzcoco*. En «Anales del Museo Nacional». Tomo III. México, 1886.
- MASSON (O. T.).—*Migration and the food quest: a study in the peopling of America*. Washington, 1896.
- MAUDSLAY (A. P. &.).—*Anne Cary Maudslay.—A glimpse at Guatemala and some notes on the ancient monuments of Central America*. London, 1899.
- MAYER (B.).—*Mexico, as it was and as it is*. Philadelphia, 1847.
- MOLINA SOLÍS (J. F.).—*Historia del descubrimiento y conquista del Yucatán, con una reseña de su historia antigua*. Mérida de Yucatán, 1896.
- MORGAN (L. H.).—*Ancient Society*. New York, 1878.
- MUÑOZ CAMARGO (D.).—*Historia de Tlaxcala*. México, 1892.
- NADAILLAC (MARQUIS DE).—*L'Amérique préhistorique*. Paris, 1883.
— *L'homme*. Paris, 1892.
- NUTTALL (Z.).—*Note on the ancient mexican calendar system*. Stockholm, 1894.
- OBER (F. A.).—*Travels in Mexico and life among the mexicans*. Boston, 1887.
- OROZCO Y BERRA (M.).—*El Tonalamatl*. En «Anales del Museo Nacional». Tomo IV. México, 1887.
- *Historia antigua y de la conquista de México*. México, 1880. 3 vols. y Atlas.
- ORRIO (F. X. A. DE).—*Solución al gran problema acerca de la población de las Américas*. México, 1763.
- PARRY (F.).—*The sacred maya stone of Mexico and its symbolism*. London, 1893.
- PASO Y TRONCOSO (F. DEL).—Exposición histórico-americana de Madrid. Catálogo de la Sección de México. Madrid, 1892-93. 2 vols.
- PLONGEON (A. LE).—*Queen Moo and the Egyptian Sphinx*. Chicago.
- POMAR (J. B.).—*Relación de Tezcoco*, escrita el año 1582. En «Icazbalceta: Nueva colección de documentos». México, 1891. Tomo II.
- PUTNAM (F. W.).—*Notes on Copper implements from Mexico*. Worcester, 1882.
- RELACIÓN de las ceremonias y ritos, población y gobierno de los indios de la provincia de Mehuacan, etc. En «Colección de documentos inéditos para la historia de España». Tomo LIII. Madrid, 1869.
- REVELLE (A.).—*Les religions du Mexique, de l'Amérique Centrale et du Perou*. Paris, 1885.
- SAHAGÚN (FR. B. DE).—*Historia general de las cosas de Nueva España*. México, 1829. 3 vols.
— *Inic matlactell o mune amoxtli itechpatlatua in quenin muchiuh ian iotl in nican ipan ottepetl México*. Copia manuscrita del Códice de la Biblioteca Laurenzio-Medicea, de Florencia, con 131 figuras intercaladas en el texto.
- SELLER (E.).—*Zur mexicanischen Chronologie, mit besonderer Berücksichtigung des Zapotekischen Kalenders*. Berlín. Sin año.
- SENTENACH (N.).—*Ensayo sobre la América precolombina*. Toledo, 1898.
- SPENCER (H.).—*Los antiguos mexicanos*. Traducción de G. García y D. García. México, 1896.
- TEZOMOC (H. A.).—*Crónica Mexicana*. México, 1878.
- THOMAS (C.).—*Introduction to the study of North American Archeology*. Cincinnati, 1898.
- TORQUEMADA (FR. JUAN DE).—Veintiún libros rituales y *Monarchia Indiana*. Madrid, 1723. 3 vols.
- VALENTINI (P. H. J. J.).—*The Olmecas and Tultecas*. Worcester, 1882.
— *The Landa Alphabet; A Spanish fabrication*. Worcester, 1880.
- ZURITA (A. DE).—*Breve y sumaria relación de los Señores de la Nueva España*. En «Icazbalceta: Nueva Colección de documentos». Tomo III. México, 1891.



TERCERA PARTE

Histórica y postcortesiana.

CAPÍTULO PRIMERO

Ideas de los antiguos filósofos sobre la forma de la Tierra.—Expediciones fenicias.—La Atlántida.—Convicciones de existir tierras incógnitas en el Océano.—Viajes de los escandinavos y noruegos.—Huitramanlandia.—Viajes de los hermanos Zenó.—San Brandano.—Globo de Behaim.—Cristóbal Colón.—Patria y primeros estudios.—Sus viajes.—Su matrimonio.—Estudios especiales.—El piloto Alonso Sánchez.—Ofertas á Génova, Venecia y Portugal.—Llegada de Colón á Palos.—La Rábida.—Amigos de Colón.—Gestiones en Sevilla y en la Corte.—Junta de doctores.—Guerra contra los moros.—Nuevas ofertas del Rey de Portugal.—El Rey de Francia.—El Rey de Inglaterra.—Colón segunda vez en la Rábida.—Empeño de sus amigos para que no fuese á Francia.—Colón en Granada.—Nuevo desengaño.—Se dirige á Francia y se le devuelve del camino.—Arreglo satisfactorio con la reina Isabel.—Tercera vez Colón en la Rábida.—Regocijo de sus amigos.—Disposiciones preliminares para el viaje en pos de nuevas tierras.

Los sabios de la antigüedad parece que nunca tuvieron la más remota idea ó indicio de la tierras llamadas hoy americanas; dependiendo esto, principalmente, de la falsa concepción que de la forma de nuestro globo se forjaron.

Las cosmogonías más antiguas suponían que la Tierra descansaba sobre el lomo de gigantesco elefante, conducido á su vez por una inmensa tortuga, que paseaba su carga sobre un mar sin límites; creían otros que nuestro globo era semejante á una flor de loto y abría su corola sobre las aguas, ó que el gigante Atlas sostenía la Tierra sobre sus robustos hombros.

Los helenos, con Homero, la figuraban como un disco cóncavo orlado de montañas en su circunferencia y rodeado por el misterioso Océano.

Seis siglos antes de nuestra era, Tales de Mileto señala el primero la esfericidad de la Tierra y predice los eclipses; y Platón, más tarde, enseña la existencia de los antípodas, como necesaria consecuencia de la esfericidad de la Tierra, y Sócrates proclama que la porción del globo desde el recóndito Phasis hasta el estrecho de Hércules no es más que una corta porción de aquél.

Aristóteles, más que ningún otro, vulgariza los conocimientos y enseñanzas tocante á la Tierra, aunque con ideas erróneas respecto á su medida y habitabilidad. Eratóstenes, Hiparco y Posidonio hacen notables avances en la ciencia geográfica, y con Ptolomeo é Hiparco se llega al apogeo de la geografía de los antiguos, con sus conceptos de matemática y gráfica.

Las exploraciones de Necos, encomendadas á navegantes fenicios; las conquistas de Alejandro Magno y las de los romanos, influyen grandemente en los adelantos y descubrimientos geográficos.

Ptolomeo cierra la época de la geografía antigua; viene después la Edad Media, en que toda la ciencia se ofusca y se ve próxima á morir.

San Jerónimo y San Agustín, Lactancio y San Juan Crisóstomo tocan los únicos, en el siglo iv de nuestra era, asuntos geográficos, y más que nada para condenar las ideas paganas: la esfericidad de la Tierra, la habitabilidad de la zona tórrida, la evidencia de los antípodas y la posibilidad de navegar por el vasto Océano, todo eso se mira como cosas contrarias á la fe cristiana.

En el siglo xv empieza el renacimiento de la geografía, y á los portugueses, más que á ninguno, se les deben los mejores adelantos y los más trascendentales descubrimientos.

Los viajes de los comerciantes genoveses y venecianos

son los únicos elementos con que cuenta la geografía al fin casi de esa edad para ensanchar la esfera de sus conocimientos, y la proximidad á que llegaron del Ecuador sirvió para ir poco á poco modificando entre algunos las ideas que sobre la zona tórrida tenía la generalidad.

No podía la humanidad, ni menos los filósofos, conformarse con la idea del Océano deshabitado y sin límites; bajo la influencia, pues, de esa inconformidad, algunos marinos intrépidos se aventuraron á hacer atrevidos viajes para arrancar su secreto al tempestuoso Océano.

Mil años antes de Cristo los fenicios traspasaron las columnas de Hércules y emprendieron viajes á lo largo de la costa africana por su parte occidental, y es casi seguro que conocieron las islas Canarias. Á mediados del siglo vi, antes de Cristo, salió de Cartago una gran expedición colonizadora al mando de Hanon, con más de 30.000 personas de ambos sexos. Pyteas, comerciante de Massilia (Marsella) emprendió un viaje por mar el año 340 antes de Cristo, que lo llevó hasta la misteriosa Thyle ó Thule, y al mismo tiempo su compatriota Euthymenes navegaba á lo largo de la costa de África hasta el Senegal.

La narración hecha á Sertorio, 80 años antes de Cristo, tocante á las islas Atlántidas, por los marinos desterrados de España, tuvo gran resonancia.

Á todo lo dicho se agrega el acontecimiento efectuado en las costas alemanas, entre los ríos Weser y Elba, de haber sido arrojado allí un bote tripulado por hombres pertenecientes á una raza desconocida.

Este conjunto de sucesos arraigó en el ánimo de todos los sabios de la antigüedad la convicción de que existían tierras incógnitas allende el Atlántico, creencia de la cual son genuina expresión los versos que Séneca pone en boca de los coros en su *Medea*:

Venient annis saecula series
Quibus Oceanus vincula rerum

Laxet, et ingens patebit tellus
Tetisque novos tetegat orbes
Nec sit terris ultima Thule.

No obstante tan arraigada convicción, es indudable que ningún pueblo de la antigüedad abordó las costas del Nuevo Mundo, y aun los pretendidos viajes de la Edad Media hay que tomarlos con mucha reserva.

Los chinos cuentan que el año 499 de Cristo, el sacerdote budista Holi-Shin volvió á China desde el país de Fusang, tierra que se ha creído estaba situada en el Nuevo Mundo y era el México actual.

Más verosímil que lo antes narrado son las casi comprobadas travesías realizadas por los escandinavos y noruegos á Groenlandia y á las costas orientales del continente norteamericano, en los siglos X y XI de nuestra era. Navegantes intrépidos y avezados á los mares y sus peligros, extendían sus correrías por todo el Océano, y no dejaban pueblo de los litorales del viejo mundo que no tocasen. Sus embarcaciones, cuando era necesario, las transportaban á hombres ó en carros, y así pasaban los ríos y seguían las costas de los mares. Varias veces las tempestades y las corrientes marinas arrojaron á estos audaces aventureros á costas lejanas y desconocidas; así fué cómo *Naddodd* arribó á la costa de Islandia el año 861 de Cristo. Por los años 982 ú 83, *Eirikh inn Raudi* (Erico el Rojo), de noble estirpe de Islandia, fué desterrado de su patria y resolvió establecerse en un país que descubrió *Gunnbjorn* á fines del siglo X, ó sea la Groenlandia. Lo ejecutó así, y estableció en esa tierra su residencia, y aunque regresó al cabo de tres años á su país, volvió de nuevo á la tierra mencionada llevando buen número de emigrantes, y así la colonia llegó á contar con el tiempo hasta 10.000 habitantes, teniendo por capital á *Brattahild*. Se cuenta también que desde allí hizo Erico un viaje á América.

La colonia llegó á tener por religión el cristianismo, y contó con obispado, que gobernaron varios mitrados.

De ese lugar partieron las expediciones de *Bjarne Herfulson*, *Leif Eriksons*, *Thorvaldo Eriksons*, *Thorsfin Eriksons*, *Thorsfinn* y *Helge* y *Finboge*.

La leyenda ó tradición de Huitramannalandia y del *Campeador de Bredewig*; la narración alemana del arzobispo *Adalberto* (1033-43); los manuscritos galenses que cuentan las aventuras del príncipe *Madoc*, que llegó hasta los actuales Estados Unidos (1170); los viajes á América de los navegantes vascos; el de *Juan Vas Costa Corterreal* hasta Terranova (1463-64); el del francés *Juan Cousin* (1488), y otros que sería largo citar, muestran, en medio de vagas y fantásticas descripciones, que las soñadas tierras atlánticas fueron conocidas por navegantes europeos anteriores á Colón, al grado que en 1476, el rey Cristián I de Dinamarca mandó al polaco *Juan de Koluo* á un viaje, con el encargo expreso de reanudar con Groenlandia las relaciones interrumpidas desde largo tiempo, expedición que autentiza la carta geográfica de *Miguel Lok*, del año 1582, y de cuyo viaje hablan *Gomara* y *Herrera*.

Los viajes de los hermanos *Zeno* arrojan bastante luz sobre los precursores de Colón. Las aventuras de *San Brandano* no pasan de fábulas, y con respecto al globo terráqueo de *Martin Behaim*, demostrado está que no pudo tener influencia en los descubrimientos colombinos.

El descubrimiento de las islas Canarias, de las Azores y del cabo de Buena Esperanza recordaron las antiguas tradiciones y leyendas de países y expediciones á tierras lejanas y desconocidas.

Todo este conjunto científico vino á encontrar eco en el ilustre Cristóbal Colón, de nación genovés, originario de la villa de Saona, donde vió la luz primera por los años de 1446 á 1447. Fueron sus padres Domingo Colombo y Susana Fonta-Rosa, ambos pobres y de humilde origen, como lo prueba el oficio de cardador de lanas que aquél ejercía.

No obstante los escasos elementos pecuniarios de que dis-

ponía Domingo Colombo, puso á su hijo en la Universidad de Pavía, en donde aprendió latín, cosmografía, matemáticas y dibujo, ingresando luego en la marina. Contaba de edad unos catorce años cuando por vez primera cruzó los mares, es decir, el año 1460. Nada se sabe de sus primeros viajes, y sólo sí que al cabo de los años navegó varias veces á Guinea, al Norte de Europa é Islandia.

En un viaje que efectuó á Portugal se unió en matrimonio con D.^a Felipa Mogniz Perestrello y fué á vivir á la isla de Porto Santo.

El padre de D.^a Felipa había sido un intrépido marino que dejó á su muerte muchas cartas geográficas y papeles con noticias de su vida en el mar, todo lo cual pasó á poder de Colón, que supo utilizarlo.

Ganaba él su vida en Porto Santo dibujando cartas geográficas, y parece que allí nació en su ánimo la idea de descubrir nuevas tierras.

Se dedicó entonces con gran ahinco al estudio de las obras de geografía antigua y de viajes, y con especialidad á las de Marco Polo, siendo su obra favorita el *Imago Mundi*, de Pedro d'Ailly.

Conversaba con todos los marineros que podía, y de ellos recibía noticias que aumentaban sus convicciones tocante á tierras incógnitas allende el Océano.

Se asegura por algunos escritores que un piloto llamado Alonso Sánchez, nativo de Niebla, al hacer el año 1484 una travesía á Madera fué arrojado por los vientos á una isla desconocida en el lejano Occidente. Á su vuelta lo recogió Colón, llevándole muy enfermo á su casa, y en ella murió, haciendo antes importantes revelaciones.

Fruto de sus estudios, de las conversaciones con los marineros y de las pretendidas confidencias de Sánchez, fué engendrada en el ánimo de Colón la idea de buscar un camino para la India, navegando con rumbo á Occidente, y descubrir nuevas tierras.

Procedió luego á poner en práctica sus convicciones, ofreciendo sus servicios á Génova, su patria, luego á Venecia y finalmente á Portugal.

Las dos primeras naciones no le hicieron caso, y sólo el rey D. Juan II le dió acogida, mandando que una junta de sabios y nobles examinaran el proyecto.

Éstos dictaminaron, diciendo que Colón era un loco presuntuoso y visionario, desechando, en consecuencia, sus proposiciones; ello no obstante, le pidió el Rey mayores datos y aun sus planos y derroteros para examinarlos, y simulando una expedición para llevar víveres al África, hizo que salieran de Lisboa unas naves con encargo de seguir los derroteros trazados por Colón.

Temerosos los navegantes portugueses de algún fracaso, y sin ánimo ni conocimientos suficientes para llevar á cabo tal empresa, regresaron bien pronto diciendo que eran del todo falsas las teorías del genovés.

Sabido que fué por Colón tan innoble proceder, lleno de indignación abandonó á Portugal, partiendo para España, decepcionado y pobre, con su pequeño hijo Diego, pues ya su esposa había muerto.

Llegó á la ría de Huelva con la intención de visitar á un cuñado suyo y proseguir después su viaje á la corte de España, que en ese tiempo radicaba en Córdoba.

Por incidentes del viaje, la nave que le conducía tocó en el puerto de Palos, y allí desembarcó. Á pie, sin equipaje y sin dinero, dirigió sus pasos al monasterio de la Rábida, situado á corta distancia, llegando á la portería de él, donde pidió de limosna un pan y agua para su hijo. Obsequiados sus deseos, fueron acogidos ambos con santa caridad y amorosa solicitud por dos buenos frailes que en el convento moraban, Fr. Juan Pérez, confesor de la Reina Católica doña Isabel, y Fr. Antonio de Marchena, entendido matemático y astrólogo.

Pronto aquellos sencillos varones se captaron la con-

fianza de Colón, quien les comunicó el objeto de su viaje á España. Le oyeron, le comprendieron, y desde entonces se formó entre ellos grande amistad y cariño.

De la Rábida se dirigió á Sevilla, y en esta ciudad encontró amparo y apoyo en D. Luis de la Cerda, duque de Medina-Sidonia, con quien vivió algunos meses, de 1485 hasta principios de 1486.

Este personaje llegó á entusiasmarse con los proyectos de Colón; mas después los desechó. Pudo más tarde relacionarse con D. Luis de Guzmán, duque de Medinaceli, y su apoyo fué más decidido, al grado de disponerse á entregar á Colón algunas de las carabelas que le pertenecían; y al ejecutarlo, reflexionó que, en caso de feliz éxito, la Corona reclamaría para sí los países descubiertos, y él se quedaría con los gastos y sin provecho ni recompensa alguna.

Se resolvió entonces que pasara Colón á la corte y expusiera sus proyectos á los Reyes Católicos.

Llegó á Córdoba con cartas del P. Fr. Juan Pérez para Fr. Hernando de Talavera, confesor de la Reina, y del Duque su protector para Alonso de Quintanilla, contador mayor de Castilla.

Protegido por tan elevados personajes, logró una audiencia de la reina Isabel, y que su proyecto fuese sometido al estudio de los doctores de la Universidad de Salamanca. Divididas las opiniones, nada se resolvió en definitiva, y sólo le dieron muy buenas esperanzas.

La guerra contra los moros vino á distraer la atención general, y tuvo Colón que seguir á la Corte como un pobre pretendiente, teniéndole las gentes por loco en todas partes. Sirvió como soldado de 1487 á 88, y se asegura que en este tiempo recibió cartas del Rey de Portugal haciéndole ofrecimientos. Poco tiempo después, Enrique VII de Inglaterra le hacía iguales ofertas (1489).

No logró entenderse tampoco por esta vez con el Rey de Portugal, y volvió á servir á los Reyes Católicos, tomando

parte en el sitio y conquista de Baza, y así anduvo tras la Corte, de desengaño en desengaño, hasta 1490 ó 91.

Los aprestos para la conquista de Granada vinieron á darle la más completa decepción, y entonces se resolvió á partir á Francia, de donde con empeño se le llamaba.

Como había dejado en la Rábida y al cuidado de los padres moradores de ella á su hijo Diego, acordó sacarlo del convento y llevárselo á Córdoba, mientras realizaba su expedición á París.

Se alarmaron y entristecieron sus leales amigos Pérez y Marchena y procuraron por cuantos medios les fué posible hacerle desistir de tal idea, trabajando á la vez empeñosamente por que los Reyes de España le atendiesen y ayudasen. Éxito feliz coronó esos trabajos, logrando que la Reina remitiese á Colón 20.000 maravedises para que con porte decente se presentara en la corte, llegando á Granada en los días precisos en que esta ciudad se entregaba á los cristianos. Casi todo el año 1491 pasó gestionando sus pretensiones y proyectos; y como el rey Fernando encontrase exagerado lo que Colón para sí quería y en lo que no cedía ni un ápice, se dieron por terminadas las negociaciones. Salió Colón de Granada con ánimo de marchar á Francia, y ya de camino, un correo de la Reina le obligó á retroceder, noticiándole que serían atendidas todas sus pretensiones y auxiliado con lo necesario para su viaje, pues las súplicas de sus amigos Luis de Santángel, Alonso de Quintanilla y la Marquesa de Moya decidieron á Isabel la Católica á que el viaje se realizara, ofreciendo ella entonces sus joyas, si era preciso, para acaparar los fondos necesarios.

Volvió Colón triunfante á la Rábida por tercera vez, desahogó su alegría en el seno de los dos frailes sus amigos, discutió y dispuso su partida en el puerto de Palos, sacando al final de todo á su hijo Diego del hospitalario monasterio.